

EL MODERNISMO HISPANOAMERICANO. EXPRESIONES DIVERSAS DE UN RECHAZO

The Latin American Modernism. Various expressions of rejection

Claudio MAÍZ

Universidad de Cuyo-CONICET
cmaiz@logos.edu.ar

Fecha de aceptación definitiva: Septiembre 2007

RESUMEN: En el presente trabajo recorremos las posiciones literarias que plantean un rechazo del Modernismo tanto en España como en América. Los puntos de vista de la impugnación del Modernismo se basan en la defensa de lo real, lo nacional y la identidad.

Palabras clave: Modernismo, antimodernismo, nación.

ABSTRACT: In this literary work along the positions that pose a rejection of modernism in both Spain and America. The views of the challenge of modernism are based on defending the real, and the national identity.

Key words: Modernism, antimodernism, nation.

La modernidad no es un lugar que se alcance, es un punto de fuga en continua expansión. No se elige al gusto, como en un catálogo de cortinas. En realidad, es una furia que viene de todos lados imponiendo su lógica con una violencia floja que acaba siendo la peor de todas, la más difícil de resistir. Crea tanto como lo que destruye y destruye antes de crear¹.

1. AGUILAR CAMÍN, Héctor. *La conspiración de la fortuna*. México: Planeta, 2005, p. 139.

El epígrafe pertenece a una reciente novela del escritor mejicano Héctor Aguilar Camín. La elección obedece al hecho de tratarse de un escritor hispanoamericano preocupado por la problemática modernizadora y sus efectos en las sociedades contemporáneas. La obra está fechada en el 2005, no se nos escapa, sin embargo, que desde esa fecha a nuestros días la alusión periodística, ensayística y un largo etcétera sobre el tema acrecienta los registros. Ni hablar si tomamos una referencia temporal más lejana, por ejemplo, desde la independencia americana en adelante. En resumidas cuentas, queremos decir que el tema de la modernidad retorna tantas veces y con ropajes tan diversos que se hace inviable no sólo el registro minucioso sino mantener la actualidad crítica del mismo. El denodado empeño de intentarlo podría arrojar un resultado parecido al del mapa borgeano, que abarcaba la misma superficie que pretendía simbolizar. Con todo, tan ímproba labor no nos exime de incursionar en algunas de sus aristas, tal como aspiramos hacerlo aquí. En especial a través de una mirada inclusiva, que nos permita percibir este fenómeno desde perspectivas más amplias.

Si es cierto lo anterior, no lo es menos el que a los periodos modernizadores, es decir los tiempos en los que se impone la idea o la sensación de que todo ha de cambiarse y que lo venidero es mejor que lo abandonado, a esos ciclos, decíamos, le sobrevienen otros de signo contrario, los llamados identitarios, entiéndase por tales a los momentos en los que afloran sujeciones a principios colegidos como inmutables, que se oponen y aun enfrentan a los primeros. Ha sido el historiador de las ideas, el chileno Eduardo Devés², quien ha propuesto abordar este problema a partir de ciclos, casi a la manera de como se procede en las ciencias económicas, unos son modernizadores y otros identitarios. Recorrerlos nos arrojaría lejos de nuestra argumentación y propósito. Quede como una mención básica de nuestras reflexiones. Admitimos, por tanto, que la problemática de la modernidad en el área de habla hispana no puede visualizarse sino como un fenómeno de doble cara: la modernidad y la identidad parecen ser parte de una misma trama, aunque no pactan ni se dan treguas. Una parece excluir inevitablemente a la otra. Veamos algunas razones para que esta modalidad sea factible. Escuchemos otra vez el escritor mejicano:

Difícil o imposible describir un país. No es una cosa clara, es una teoría de nuestros afectos, una ilusión de mapas y orgullos que aprendimos en la escuela. En los tiempos de que hablo, el mío era un estruendo de cambios silenciosos. Estaba partido en dos, o en diez, preguntándose quién era. Había abierto sus puertos a todas las plagas de la modernidad, pero tenía el ombligo viejo, cosido a sus siglos inmóviles. Era todas las cosas que había sido y algunas de las que deseaba ser, indio en sus pérdidas, blanco en sus privilegios, mestizo en sus tristezas, gringo en sus negocios, europeo en sus letras, conquistador en sus sueños, conquistado

2. DEVÉS VALDÉS, Eduardo. *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2000.

en sus penas de pueblo llano, resignándose de sí. Perseguida su propia sombra confundiendo con ella³.

La voz del novelista nos aproxima una dimensión de los dilemas que oscilan entre adoptar (y no adaptar) los aires nuevos de lo moderno y la defensa a ultranza de permanecer idénticos a sí mismos (como si existiera algo parecido a una autoimagen perpetua)⁴. Estas disyuntivas que han padecido y padecen las comunidades hispanohablantes desde mucho tiempo atrás se repiten en una alternancia tanto geográfica como temporal. No parece necesario aclararlo, pero se trata de una condición —la del dilema— inscrita en la conformación de las nacionalidades hispanoamericanas, algunas de ellas o quizás la mayoría devenidas en eso por accidentes políticos y no por necesidades históricas. Pueblos conquistados y arrasados por la avanzada mercantilista durante el siglo XVI, varios siglos de Colonia, guerras civiles para obtener la independencia y nuevas guerras civiles para perderla, sueños imperiales, utopías indigenistas, proyectos de conversión en ciudadanos a hombres desheredados, analfabetos, las más de las veces llamados plebe, chusma o lisa y llanamente bárbaros; en fin, un siglo XX manidamente calificado como convulso, cuando no ha sido sino trágico y de nuevas postergaciones, que han ido del cesarismo de toda laya, aun democrática hasta la incrustación de la violencia como, no el último, sino el único recurso del cambio social. Tal friso no parece constituir el panorama ideal para hallar las respuestas más convenientes para resolver el dilema, si tal cosa fuera posible.

UNAMUNO *ENTRE* NOSOTROS (LOS HISPANOAMERICANOS)

Ahora bien, sería conveniente aludir brevemente al título de este apartado. Hemos desechado deliberadamente la copulativa «y», a fin de introducir la preposición «entre» pues denota una situación en medio de dos cosas o acciones y de esa manera expresar un estado intermedio. El propósito principal consiste en convertir el enunciado en una hipótesis que permita averiguar hasta qué punto la idea de Unamuno *entre* nosotros resulta fructífera. Ya que no se trataría de una sumatoria Unamuno más «nosotros», sino de un estado efectivamente intermedio, un verdadero interludio que abarca no sólo espacios más extensos, sino también producciones culturales que guardan estrechas relaciones, a pesar de no poseer conexiones inmediatas. Debemos descartar, desde luego la presencia del escritor español en diarios, revistas, epistolarios, textos literarios por ser de comprobación inmediata

3. AGUILAR CAMÍN. *Op. cit.*, p. 131.

4. Escribía un ensayista argentino, en una polémica nacionalista después del derrocamiento de Perón en los años 50: «el nacionalismo de ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba del padre; el nuestro se parece al amor del padre junto a la cuna del hijo, y esta es la sustancial diferencia. Para ustedes la nación se realizó y fue derogada; para nosotros, sigue todavía naciendo». JAURETICHE, Arturo. *FORJA y la Década Infame*, Buenos Aires: Coyoacán, 1962, p. 43.

y evidente. Nuestra intención busca auscultar algo más de esta presencia en otras direcciones, a nuestro juicio, menos exploradas. En primer término, constatar la incidencia de Unamuno en la producción cultural de América Latina, es decir, qué aspectos del saber y la creación en estas tierras fueron irrigados por la influencia directa del español, qué áreas penetró y qué alcances tuvo. En segundo lugar, lo mismo podría decirse en el sentido inverso. Pensar el asunto no ya como Unamuno *entre* nosotros, sino Nosotros *en* Unamuno. ¿Pero es probable que el gran escritor se haya visto inquietado por los hispanoamericanos? ¿Hasta qué punto América formó parte de su proyecto literario y sistema de ideas? En otras palabras, nuestro enfoque se hace eco de una demanda formulada por la crítica hace tiempo, sobre la productividad de Unamuno⁵. El real significado y el verdadero rendimiento de los estudios cruzados, trasatlánticos o del hispanismo deben plantearse necesariamente en sentidos recíprocos e implicados. Eso lo supieron hace tiempo Alfonso Reyes, el gran Pedro Henríquez Ureña, Rafael Gutiérrez Girardot, Ángel Rama y otros. Aun a riesgo de parecer obvio, he ahí la mayor rentabilidad para tanto esfuerzo. Los alcances de estas temáticas, como se aprecia, son demasiados ambiciosos para el escaso espacio que contamos, más bien y a título de incitación quisiera que se pensarán como gérmenes de programas de investigación transdisciplinarios y transnacionales.

Aquellos dilemas que interpretábamos como inherentes a la historia de nuestras nacionalidades hispanoamericanas comprenden inexcusablemente a España —y por tanto también Europa— ya que su presencia pone en evidencia algunos de nuestros posibles orígenes sea por contraste, asimilación o directamente por diferenciación, lo mismo vale en la dirección contraria, aunque los frutos hayan sido a veces tan desiguales. Guste o no España sigue siendo la puerta a Europa y eso lo saben mejor que nadie los miles de inmigrantes que han dado vuelta la dirección del sueño americano. El hispanismo actual si no es trasatlántico no será nada, ha dicho Julio Ortega con toda razón. Para los hispanoamericanos, España continúa siendo el fondo común en el que indagar sobre el pasado pesadillesco o de esplendor, ambas cosas simultáneamente, mientras que para España, América no sólo contribuye a reconocer su historia, aunque quizás no sea lo más significativo, sino mejor aún ayude a vislumbrar su propio porvenir. No obstante, parece dudoso que por estos días ése sea el lugar de América para España, a pesar del privilegiado sitio que alguna vez Unamuno le confirió a las tierras ultramarinas en sus reflexiones. En suma, por una parte la situación histórica de América latina ha creado inevitablemente una dimensión de los saberes que imposibilita eludir la mirada cruzada, dual por medio del diálogo, el contacto, por otro, y gracias a

5. Escribe Zuleta: «Desde América, y mediante un método comparativo riguroso, se debería enfocar, por cortes sincrónicos, las circunstancias concretas de la recepción —y de la no recepción— de las ideas de Unamuno en el contexto de otros contactos, lo cual permitiría, entre otras cosas, establecer su real productividad». ZULETA, Emilia de. Unamuno desde América (Itinerario de una recepción). En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 440-441 (Madrid), 1987, p. 103.

algunos nuevos instrumentales metodológicos, deberíamos agregar el funcionamiento en red de las comunidades letradas. No presentamos una novedad teórica, por cierto, ya que redes existieron desde mucho antes de la revolución comunicacional, sino una alternativa metodológica eficaz para los estudios recíprocos. Tampoco nos detendremos en esto, digamos como mención pasajera que el Barroco americano, el Modernismo y el *boom* latinoamericano constituyen tres momentos cruciales para la comprensión de este campo múltiple, dialógico y fértil de los estudios transnacionales y también de las redes intelectuales.

En este sentido, pretendemos plantear los rechazos al Modernismo como un tópico epocal que afecta tanto a la llamada Generación del 98 española como a la del 900 hispanoamericana. En esa línea argumental hemos ahondado en nuestro estudio sobre el Novecentismo hispanoamericano⁶, de donde procede nuestra posición sobre el funcionamiento de una coalición de intereses y propósitos en dicha convergencia. Esta concurrencia de escritores posee rasgos comunes, el que más nos interesa por ahora: el de que la palabra fue el motor excluyente, o también, «fueron partidarios de un decir retórico»⁷. Si bien la generalización precedente se refiere a los novecentistas catalanes —como se sabe, Barcelona es la sede del movimiento novecentista español—, algunos de los rasgos se ajustan a la descripción del pensamiento de los hombres del Novecientos en Hispanoamérica. En suma, ruptura y oposición al Modernismo, nuevo clasicismo que recupere premisas de la tradición literaria perdida, objetivación de la realidad para un humanismo nuevo, premisas formales de pulcra sujeción de la palabra constituyen el credo del programa estético e ideológico.

Esta intensa afición a la palabra dará pábulo a la generación siguiente para increpar a los «maestros» novocentistas por la supuesta inconsecuencia de sus acciones, especialmente las vinculadas con la política⁸. Es verdad que los hombres del Novecientos fueron menos ejecutivos, ya que no estuvo entre sus metas la creación de revistas, ni llevar adelante encuentros; carecieron, en suma, de un plan integral. La diferencia salta a la vista con la labor de Ortega y Gasset, quien emprende su vinculación con Europa (la gran deuda que tenía España) por medio de la «Revista de Occidente», que funda en 1923. Sin embargo, pese al divorcio entre la palabra y las acciones que existieron en algunos de los miembros de esta coalición, nos parece que justamente la peculiaridad «retórica» le permitió a la coalición de escritores

6. MAÍZ, Claudio. *De París a Salamanca. Trayectorias de la modernidad en Hispanoamérica. Aportes para el estudio del novecentismo*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2004; MAÍZ, Claudio., Historia, literatura y lengua en el epistolario de Ricardo Palma y Miguel de Unamuno. *Revista de Literaturas Modernas*. (35), 2005, pp- 109-128.

7. REBOLLO, Félix. El periodismo literario de los ensayistas y narradores novecentistas. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. (18), Universidad Complutense de Madrid, 2001. Obtenido en la red mundial el 11 de marzo de 2004. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero18/rebollo.html>>.

8. SÁNCHEZ, Luis Alberto. *¿Tuvimos maestros en Nuestra América? Balance y liquidación del Novecientos*, Buenos Aires: Editorial Raigal, 1956.

98-900 hispano-americana la realización de una «acción» discursiva de enorme relieve, trascendencia y proyección, por lo menos durante el ciclo en que la coalición mantuvo su vigor. Existe un valor asignado a la palabra que se colige como superior a la «acción», como si tal distinción pudiera ser mantenida indiscriminadamente en todos los contextos. Quizás el que mejor resume el rechazo hacia el pragmatismo sea Rubén Darío, al reclamar para la recuperación de España una vuelta a su pasado hidalgo, al servicio de un Ideal: «España será idealista o no será. Una España práctica, con olvido absoluto del papel que hasta hoy ha representado en el mundo, es una España que no se concibe». Para el poeta nicaragüense es auspicioso «una Bilbao cuajada de chimeneas y una Cataluña sembrada de fábricas», pero ello no debe ir en perjuicio de los grandes ideales⁹.

LA CRÍTICA CONTRA EL MODERNISMO

Ya se sabe que no existe un cuerpo crítico homogéneo sobre el significado del Modernismo. Métodos, teorías literarias, escuelas críticas e ideologías políticas se entrecruzan —e incluso contradicen— en los estudios del Modernismo. Las tendencias abarcan intentos de estudiar el Modernismo desde concepciones de una literatura nacional hasta las propuestas de lecturas preciosistas del fenómeno. Por su parte, la imagen que las perspectivas sociológicas han difundido del Modernismo se sintetiza en el «torremarfilismo» de algunos de sus miembros, es decir, el desinterés por las cuestiones de orden social y político. En rigor de verdad, no fue el Marxismo el primero en imputar ese defecto, la crítica ética noventaiochista —como veremos— ya había cargado las tintas sobre ese asunto mucho tiempo antes. Tampoco los estudios ceñidos a una nacionalidad se cuentan entre los más positivos, en virtud de que la expansión de miras en el sentido de interconectar varios espacios culturales a un mismo tiempo, han permitido visualizar más agudamente las consecuencias del Modernismo. Así entonces los estudios trasatlánticos se ubican mejor para dar cuenta de nociones como el hispanismo, gracias a la mirada más equilibrada arrojada sobre las partes que lo componen. Se sabe también, que el Modernismo bien puede pensarse como una variante más del antipositivismo finisecular. En la línea de Ricardo Gullón podemos decir que el Modernismo es el resultado de una oposición a la materialización del arte y de la vida y una crítica corrosiva a la fe en la ciencia.

Si es imposible (e innecesario, por lo demás) articular, por lo tanto, una doctrina uniforme sobre el Modernismo, no resulta lo mismo cuando nos ocupamos del antimodernismo. No porque sea éste un cauce de pensamiento homogéneo, sino que la actitud reactiva que lo anima le otorga cierto aire de familia. Sin embargo, es posible indicar algunas líneas que muestran claras variantes entre sí. Hay una que defiende el paradigma positivista y que se desarrolla ampliamente en la crítica

9. DARÍO, Rubén. *España contemporánea*, Prol. de Antonio Vilanova, Barcelona: Lumen, 1987, p. 125.

española. Otra se mueve en función de una preocupación por la identidad, que acarrea los enfrentamientos entre el cosmopolitismo y el nacionalismo. Esta última tendencia se verifica mejor en área hispanoamericana, aunque los cruces no dejen de producirse en ambos casos. A continuación queremos presentar algunas de las líneas que se vinculan con un rechazo al Modernismo, tanto desde la esfera estética como de la ética, que en algunos ambas cosas se dan simultáneamente. Es por eso quizás por lo que la reacción afecta igualmente a todo el espacio cultural de habla hispana.

LA CRÍTICA ANTIMODERNISTA ESPAÑOLA

En la descripción de la primera línea seguimos a Lily Litvak, para quien la característica más sobresaliente de la crítica antimodernista española ha sido su virulencia. La recepción crítica del movimiento no se ciñó de ningún modo a la renovación poética, que en apariencia era el más alto interés del Modernismo. En realidad la violencia en la respuesta crítica excede los límites literarios como el propio Modernismo ya los excedía en la formulación abierta o sugerida de los cambios que proponía. El Modernismo presentaba «una nueva escala de valores» mucho más amplia que la circunscrita a lo literario¹⁰. Litvak estudió el antimodernismo en la crítica española entre 1888 y 1910, los contenidos del rechazo podrían agruparse de la siguiente manera:

1. La decadencia modernista: uno de los términos que más frecuentemente aparece en la crítica antimodernista es el de la decadencia y su vocabulario relacionado, esto es, enfermedad, degeneración, patología, anemia. Con frecuencia la palabra decadencia se la asocia con Modernismo. Hasta que finalmente el Modernismo queda indisolublemente unido a decadencia. Los puntos que siguen pueden tomarse como derivaciones de la idea de decadencia con la que se identificó al Modernismo.

2. El lenguaje modernista: un punto de rechazo frontal fue el del vocabulario, al asociarlo despectivamente con el Culteranismo o Gongorismo.

3. La retórica modernista: recursos como la sinestesia fueron tomados como la expresión más cabal de la decadencia y la enfermedad mental de los modernistas. Razones científicas avalaban estas posturas, tales como ciertos estudios indicaban que la sinestesia sólo se presentaba en los locos. Se trataba de enfermedades nerviosas y mentales antes que procedimientos verbales. El más extremista de todos, Max Nordau, atribuyó la sinestesia directamente a los degenerados, puesto que atribuye a los animales inferiores la incapacidad de distinguir cualitativamente los estímulos sensibles.

10. LITVAK, Lily. La idea de la decadencia en la crítica antimodernista en España (1888-1910), en: *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona: Anthropos, 1990, p.111.

4. El espiritualismo modernista: de la anterior perspectiva biológica de la crítica antimodernista se percibe el motivo principal del rechazo. Lo que está en juego son los valores y postulados del positivismo. Esteticismo, espíritu hipersensibilizado, individualismo no son sino derivaciones de una pose aristocrática que el modernista practica.

5. El desvitalización modernista: una crítica menos atada al positivismo pero igualmente contraria al Modernismo, llama la atención sobre la actitud meramente contemplativa a la que son afectos los modernistas. Todo lo cual se veía como amenaza para las formas burguesas de vida, las que serían sustituidas por otra escala de valores sociales y éticos¹¹.

Panorámicamente la crítica española ofrece varias tendencias. La adversa, como la indicada precedentemente y expresada asimismo por figuras importantes de la vida cultural española. Así, para Juan Valera el Modernismo no es sino afrancesamiento; para Clarín, imbuido de una crítica moralista acusa al movimiento de degeneración moral; Eduardo Gómez de Baquero arremete contra la extravagancia y el afrancesamiento. En cambio, la crítica procedente de la Generación del 98, si bien reconoce algunas estridencias antimodernistas, está movida por una preocupación histórica. Azorín, Unamuno, Baroja, Ramiro de Maeztu habrían situado el compromiso histórico de la generación española frente a la irresponsabilidad social del Modernismo, como un dato negativo¹². Con todo, ciertas formaciones discursivas transferidas al antimodernismo, como por ejemplo la insistencia en la «enfermedad» española, la demanda de «diagnósticos» o los posibles «remedios» provienen del regeneracionismo, más aún forman parte del fondo común dado por el positivismo¹³.

EL MODERNISMO CONTRA LA NACIÓN

La segunda línea antimodernista atraviesa tanto del campo hispanoamericano como también del peninsular, especialmente en los debates de los noventaiochistas. Como se sabe la Generación del 98, como heredera en gran medida del

11. *Ibidem*.

12. Vid. WAYNE ASHHURT, Anna. *La literatura hispanoamericana en la crítica española*, Madrid: Gredos, 1980.

13. Esa bibliografía regeneradora empieza a publicarse tras el desastre militar del 98 y la pérdida de las últimas colonias ultramarinas españolas (Cuba, Puerto Rico y Filipinas). Dentro de esta copiosa literatura, pueden destacarse *El problema nacional* (1899), de Ricardo MACÍAS PICAVEA; *Los males de la patria y la futura revolución española* (1890), de Lucas MALLADA; *La moral de la derrota* (1900), de Luis MOROTE; *Reconstitución y europeización de España* (1900) y *Oligarquía y caciquismo* (1901), de Joaquín COSTA; y *Psicología del pueblo español* (1902), de Rafael ALTAMIRA. Es muy intensa la influencia de esta literatura en las nuevas promociones de intelectuales españoles, a tal punto que Ramiro de Maeztu (1875-1936), con el correr de los años, reconocerá a Joaquín Costa como uno de los precursores de la Generación del 98.

regeneracionismo, admitió un proceso de europeización propiciado por los regeneracionistas, pero pronto, como señala Donald L. Shaw¹⁴, renuncian a esos ideales en favor de un mito del *Volksgeist*. En un mismo autor se suceden ambas posturas, así tenemos el Unamuno de *En torno al casticismo* que admite la europeización, y luego el Unamuno de *El sentimiento trágico de la vida*, que afirma una particularidad de España que hace de esta nación imposible de asimilar a otras. De acuerdo con este giro, la regeneración debía proceder de adentro, desde el «alma española». Bien vale la pena recordar el ensayo de Unamuno «¡Adentro!» de 1900. La tarea que se proponen consiste en nombrar, definir, conocer y, como creían, desentrañar el país. Al «problema de España» se lo enfrentaba con esta otra consigna: «conocer a España»: historia, naturaleza, gente, costumbres. Produjeron así una interpretación «espiritual» del conflicto. Con un imperativo generacional de tan fuerte contenido ético, muy poca benevolencia podía esperarse hacia el Modernismo estético más preocupado en la autonomización del instrumento poético. La búsqueda del «espíritu del pueblo» no deja margen sobre la teoría literaria que abastecía esta ansiedad. En efecto, se asigna prioridad al estudio sociológico, histórico o se le da relieve al ensayo, género en el que se destaca la mayor parte de los escritores del 98.

A continuación, el mito del *Volksgeist* puede constatarse en dos casos, que expondremos sucintamente. Se trata de polémicas desatadas alrededor del Modernismo en dos «literaturas menores», esto último en relación con las dimensiones de los países en los que se producen: Costa Rica y Paraguay. Es notable cómo la cuestión nacional se acrecienta en la medida que el país en la que se debate es más pequeño.

PARAGUAY Y EL MODERNISMO TARDÍO¹⁵

Manuel Gondra publica en 1898 un ensayo titulado *En torno a Rubén Darío*, un escrito crítico motivado en las *Palabras liminares a Prosas Profanas*. La posición antimodernista de Gondra fue muy bien recibida por los intelectuales paraguayos que alabaron su frontal oposición doctrinal sobre todo al cosmopolitismo dariano como la firmeza en la defensa de valores nacionales frente a la «extranjería». Mariano Morinigo comenta que el ataque se reduce a la doctrina que supuestamente se plantea en el texto de Darío, sin embargo nada dice sobre la calidad poética de *Prosas Profanas*. La doctrina es objeto de crítica por «foránea» y de «escasa originalidad», pero el producto artístico —los poemas— salen indemnes. La dualidad entre doctrina y producción artística nos alerta, en una primera aproximación, sobre el hecho de que no se discute solamente una cuestión de orden poético, sino

14. SHAW, Donald L. *La generación del 98*, 6ª Edición, Madrid: Cátedra, 1989, p.26.

15. Seguimos esta polémica a través del texto de Mariano Morinigo, Capítulo antimodernista en la literatura paraguaya, en: MORINIGO Mariano. *Americanismo literario: formas antagónicas*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, 1967.

que está en juego una cuestión de fondo sobre la vida cultural de Hispanoamérica. El antimodernismo de Gondra no está motivado por un interés literario sino condicionado por las circunstancias que vive la nación paraguaya. En efecto, se encuentra en plena recuperación de las secuelas de la Guerra de la Triple Alianza. Este hecho bélico reciente inclina las fuerzas espirituales del país hacia la reconstrucción de la nación, por tanto el atractivo por la historia es muy intenso. Este sería el marco de lectura necesario del ensayo de Gondra. De donde se sigue que no hay mayor pecado de «extranjería» que exaltar las estéticas europeas, especialmente francesas, tal como lo hace Darío en *Palabras liminares*, mientras el Paraguay se encuentra en trance de reconstrucción nacional.

Pero aquella dualidad inicial se habrá de tornar en paradoja a la hora de hacer un balance crítico de la incidencia doctrinal del Modernismo. Dicha figura podría sintetizarse con la siguiente pregunta: «¿cómo se entiende que el Modernismo *afrancesado*, pueda ser expresión *original* de América?»¹⁶ La cuestión no nos sitúa frente a una contradicción sino una paradoja, que a la postre serán los dos modos —contradicción y paradoja— de leer de manera diametralmente opuesta la producción modernista. Como contradicción la asumirá la crítica nacionalista —para llamarla de alguna manera—, mientras que como paradoja lo hará la crítica que admite al Modernismo como la expresión sincrética de lo «foráneo» y lo «propio» en un mismo gesto¹⁷. La inclinación sincrética que se le concede al Modernismo bien puede verse como un eclecticismo y quizás también para que estas circunstancias sean de utilidad algunos argumentos desplegados en la polémica cubana de la primera mitad del XIX, alrededor del eclecticismo de Víctor Cousin. La búsqueda de una producción original no era la mejor norma para imponer a los literatos inclinados a ideas estéticas «extranjeras». Máxime si por ello se entendía el sondeo del color local, que lejos estaba de ser, a su vez, original, a no ser que la pintura de lo local o el costumbrismo fueran considerados epítome de la originalidad, cuando en realidad también se trata de una impronta europea, romántica para más datos. El problema no residía en la originalidad o no de las ideas estéticas, sino en los mecanismos verbales que tuvieran capacidad de poner de manifiesto la realidad americana. De una manera o de otra, el romanticismo se las arrebataba para continuar estableciendo los cánones permitidos de acuerdo al paradigma americanista.

16. *Idem*, p. 90.

17. Las dos actitudes críticas que, por su parte, Morinigo observa tienen que ver cada una de ellas con uno de los extremos de la paradoja, pero no menciona la contradicción: «(la crítica) que fustiga la extranjería del modernismo en nombre de una tradición hispanizante y americana, y otra que la acoge sin reservas, pues su aire afrancesado y europeísta allende los Pirineos se estima con signo positivo de superación local, regional, y senda por fin hallada de prestigio, universalidad e indudable crecimiento. La primera negaba al modernismo originalidad como expresión genuina de América; la segunda, sin proponérselo, tornaba dudosa su originalidad como creación poética, al precisar minuciosamente la procedencia foránea de sus ingredientes literarios /.../» *Idem*, p. 91.

Para Manuel Gondra, el asunto no se detenía ni en la contradicción ni en la paradoja, sino que su razonamiento llegaba al extremo de ser una tautología: la poesía de América debe ser *americana*. Para él las dos copiosas fuentes de inspiración que Darío deja fuera son «la naturaleza y la historia de nuestro Continente»¹⁸. Lo original, entonces, se resolverá mediante la puesta en juego del atributo de lo real, es decir, la poesía debe trasuntar la realidad, gracias a lo cual podrá obtenerse la autenticidad. Una menor dependencia de la forma y mayor en relación con la temática, se constituye en el principio que mejor se aviene a una crítica positiva del arte propiamente americano.

MODERNISMO Y NACIÓN EN COSTA RICA

La segunda vertiente del antimodernismo no se reduce a las voces que se alzaron en rechazo de las nuevas ideas estéticas, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. Esta posición polémica cabe inscribirla de manera más ajustada dentro de la dialéctica entre lo universal y lo local, el cosmopolitismo y el nacionalismo, lo foráneo y lo propio, etcétera. O bien puede verse como un capítulo más de una secuencia de alcance mayor, en la que está comprometido un proceso identitario. La ansiedad por lo original ha sido un tema del que se han ocupado artistas, ensayistas, críticos, filósofos, por doquier y desde mucho antes del proceso de independencia en el siglo XIX. De modo que si aludimos al asunto no es con el fin de condensarlo ni mucho menos. Nuestra intención es más modesta pero también necesaria para nuestra argumentación. La pretendida ubicación o no de las ideas en Hispanoamérica está en relación con las búsquedas de la originalidad, que han ido desde un marcado afán de diferenciación hasta la convicción de realizar aportaciones a la cultura universal.

El episodio que queremos arrimar consiste en una polémica entre el Modernismo y el nacionalismo, como parte de la historia literaria costarricense. El debate se despierta en 1894 y los contendientes son, por un lado, Ricardo Fernández Guardia que asume el rol negativo (modernista) y su contradictor Carlos Gagini es investido con todos los elogios por su rol positivo (nacionalista). Los papeles jugados en esta polémica son muy similares a la que vimos en la literatura paraguaya. Como se puede observar, la causa «nacionalista» resultaba más popular que la modernista¹⁹. Y eso por varias razones, entre la más importante porque están en danza proyectos completamente diferentes. Por un lado, el proyecto nacionalista encabezado por la élite liberal costarricense concibe a la literatura al servicio de la definición de la nacionalidad, es decir, con una función ancilar, utilitaria de la literatura. En este programa, la nación ha sido ontologizada de conformidad con el patrón

18. Citado por Morinigo, *idem*, p. 94.

19. SÁNCHEZ-MORA, Alexander. El modernismo contra la nación. La polémica literaria de 1894 en Costa Rica, en: *Revista de Filología y Lingüística*, XXIX (I), 2003, pp. 103-117.

organicista evolutivo²⁰. Mientras que el Modernismo se circunscribe en apariencia a un proyecto de autonomización de la creación literaria.

ANTIMODERNISMO. GALOFOBIA. ARTE SINCERO

El venezolano Pedro Emilio Coll escribía en 1901:

Hay actualmente en América un movimiento literario sobre el que caen crueles sátiras y al que críticos celosos y malhumorados tratan de detener en nombre de la tradición y del buen sentido. Por un momento se creyó pasajera nube de verano, mera cuestión de moda; pero se generaliza y persiste demasiado para creerlo. [...] Se atribuye a la moda, a la moda que nos viene de París, junto con las corbatas y los figurines de trajes; pero aún así, podría argüirse que una moda extranjera que se acepta y se aclimata es porque encuentra terreno propio, porque corresponde a un estado individual o social y porque satisface un gusto *que ya existía* virtualmente. [...] Si París impone hoy sus modas, es porque satisfacen íntimas afinidades de los pueblos que las adoptan; cambian esas afinidades, y entonces nos vendrán de Londres o de Nueva York las ideas y los patrones de modistas, hasta que nosotros podamos exportarlos²¹.

Citamos *in extenso* ya que nos parecen particularmente relevantes los dichos de Pedro Emilio Coll en los albores del siglo xx. Vamos a reordenar algunos de sus conceptos en virtud de nuestro interés. En primer término, Coll admite la existencia de un movimiento de características continentales que despierta adhesiones y rechazos por igual. Entre los últimos, se cuenta una crítica que se vuelve hostil e hiriente. Hasta aquí nada especial, ni siquiera la apropiación del argumento de la moda, que estaba bastante extendido y entre los críticos más duros funcionaba a la perfección para indicar tanto lo efímero como lo frívolo del Modernismo. También circulaba un argumento proveniente de la economía, según el cual el Modernismo consistía en una importación más de los tantos productos manufacturados que venían de Europa. Pedro Emilio Coll, sin embargo, le da un giro a la impugnación que supone la comparación del arte con la moda, al señalar la preexistencia de un

20. Haroldo de Campos ha distinguido un nacionalismo ontológico de uno modal: «Creo que a un nacionalismo ontológico, calcado del modelo organicista-biológico de la evolución de una planta (modelo que inspira, subrepticamente, a toda la historiografía literaria empeñada en la individualización de un "clasicismo nacional", momento óptimo de un proceso de florecimiento gradual, alimentado en la "pretensión objetivista" y en la «teleología immanente» del historicismo del siglo xix), se puede oponer (o, por lo menos, en beneficio de una flexibilización del campo. Contraponer en el sentido musical del término) un nacionalismo modal, diferencial. En el primer caso, se busca el origen y el itinerario de *parousía* de un Logos nacional puntual. Se trata de un episodio de la metafísica occidental de la presencia, la cual es transferida a nuestras latitudes tropicales, sin que se advierta el sentido exacto que asume esa traslación». CAMPOS, Haroldo de. De la razón antropofágica: Europa bajo el signo de la devoración. *La Torre*, a. IV, n.12, ab. Jun, 1999, p. 239.

21. COLL, Pedro Emilio. «Decadentismo y modernismo», en: *El Castillo de Elsinor*, Caracas, 1901 [*El modernismo visto por los modernistas*, introducción y selección de Ricardo Gullón, Barcelona: Editorial Labor, 1980, p. 82-83] Las cursivas son originales.

interés o afinidad, en tierras americanas, que facilitaba la anexión de las corrientes literarias parisinas, que también, en algunos casos, estaban de moda. José Gaos afirmaba la afinidad necesaria de la cultura receptora para determinadas incorporaciones: el caso del krausismo y «el carácter ético español a que habría dado expresión ya el senequismo»²². Gracias a que en el carácter ético español existía una impronta dejada por el senequismo, el pensamiento krausista tuvo acogida en España. Ahora bien, cuál es la afinidad que cree percibir Coll en la cultura hispanoamericana, por medio de la cual se produce *naturalmente* la agregación de componentes originarios de otras culturas. Antes de dar con una respuesta, digamos que la perspectiva de Coll —la afinidad preexistente— forma parte del debate suscitado por la tesis de las ideas «fuera de lugar»²³. En efecto, entre las críticas que mereció la propuesta de Roberto Schwarz figura la de Carvalho Franco, quien sostiene que las ideas están en *su* lugar, ni más ni menos porque si circulan socialmente en un medio están sirviendo a algún propósito, esto es, están dadas las condiciones de recepción²⁴.

Por otra parte, entre los antimodernistas, constituye un lugar común denostar la imitación y bregar, en su lugar, por la originalidad y asimismo se atribuye un valor excepcional a la sinceridad. Cierta afectación de la poesía modernista se colige como carente de naturalidad, espontaneidad y, por lo tanto, lejos de establecer una relación clara con la realidad americana. Existía un convencimiento de que a mayor representación de lo real se aumentarían las probabilidades de engendrar un arte propio, de acuerdo con los principios del hispanoamericanismo que se iban imponiendo. En una opinión sobre Guy de Maupassant, Blanco Fombona destaca la cercanía del arte naturalista del escritor francés con la vida, así como también ciertos trazos de una clásica armonía y sencillez:

Ha llegado a la fórmula simplísima, a «la humilde verdad», como él dice; esa simplicidad es arte supremo [...] Ese arte sin *fingimiento*, *ese arte sabio*, *ese arte de la humilde verdad*, recorrió desde temprano, junto con la loca de la casa, todos los campos de ensueño, de deslumbramiento, de oropeles verbales y vuelve a la realidad convenido de que nada existe superior a la vanidad ni más bello que el desnudo. Es un arte retorno²⁵.

22. GAOS, José. Caracterización formal y material del pensamiento hispano-americano (Notas para una interpretación histórico-filosófica), en: *Cuadernos Americanos*, VI (6), n. 59-88, 1942, p. 76.

23. SCHWARZ, Roberto. Las ideas fuera de lugar, en: *Absurdo Brasil: polémicas en la cultura brasileira* Otilia Arantes... [et al.]: compilación y traducción a cargo de Adriana Amante y Florencia Garra-muño, 1ª ed., Buenos Aires: Biblos, 2000. El tema ha sido revisado recientemente por Elías PALTÍ, *El problema de 'las ideas fuera de lugar' revisitado. Más allá de la 'historia de las ideas'*, México: UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2004; TELLES, Renata. «Latino-americanismo e orientalismo: Roberto SCHWARZ, Silviano SANTIAGO e Edward SAID», en: *Terra rosa e outras terras. Revista de Estudos Literários*, vol. 4, 2004, pp. 71-77. <<http://uel.br/cch/pos/letras/terranova>>.

24. CARVALHO FRANCO, Maria Sylvania de. As ideais estão no lugar, *Cuadernos de Debate* I (1976): 61-64. (Citado por Elías PALTÍ, *El problema de 'las ideas fuera de lugar' revisitado*, op. cit.).

25. BLANCO FOMBONA, Rufino. *Diarios de mi vida*, selección y prólogo de Ángel RAMA, 2ª edición, Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 279-280.

Alfredo Roggiano puso en evidencia la manera como funcionaban los intercambios de las ideas literarias, que con sus desplazamientos generaban colisiones, rechazos, adhesiones. Si en España el Modernismo fue resistido, la causa debe buscarse en el hecho de que la Generación del 98 se reservaba para sí la mejor representación del momento histórico, por entender que exhibía una comprensión más honda y esencial de España. En cambio, en Hispanoamérica, salvo excepciones que concuerdan con ese sector por el que todavía se expresa cierta influencia española en el Nuevo Mundo, el Modernismo tuvo la acogida favorable que lo llevó a su triunfo y realización definitiva²⁶. En España, el Modernismo habría sido un mal a extirpar, mientras que en Hispanoamérica un bien a continuar. Existirían dos perspectivas críticas, según cree el crítico, que habrían juzgado a los nuevos fenómenos literarios, la «crítica tradicional», aquella que rechazó al modernismo y, otra, la «crítica integradora» como la que más certeramente valoró al movimiento. Roggiano plantea, entonces, una doble dirección en el movimiento intelectual ante los acontecimientos del Desastre del 98. Por un lado el acercamiento a Europa, con un cariz netamente cosmopolita y liberal (hay algunos intentos como los de la Institución Libre de Enseñanza o el Krausismo). Frente a esta orientación emerge otra actitud contraria «mezcla de oficialismo aristocrático y de filosofía católica» que pretendió revalorizar el legado tradicional de España y reconquistar la afirmación de sí misma por las grandezas de su pasado. La premisa que se esgrime consiste en dar un valor positivo a la escisión de España del resto de Europa, de esa Europa del Renacimiento y la Reforma. La demanda de europeizar a España era un objetivo al que se le respondía con la idea de españolizar a Europa, muy unamuniana, por cierto. En lo que respecta a Hispanoamérica, Roggiano cree que no tenía el mismo problema, puesto que siendo un continente joven se podía dar el lujo de abandonarse a la búsqueda de la universalidad. Habría, empero, elementos que prueban lo contrario, tanto porque las condenas hacia el cosmopolitismo más cerril existieron y no provenían precisamente de una «crítica tradicional». Agreguemos, por ahora, que la dependencia española de la cultura francesa, provoca una reacción en contra de ella. En cambio la inexistencia de una tradición cultural justificaría, en Hispanoamérica, la apetencia de otros valores culturales, aunque la dirección siempre fuera la misma, es decir, francesa. Aquella circunstancia, en España, contribuyó a identificar el Modernismo con lo francés y unificar así la condena.

LA POLINIZACIÓN DE LA CULTURA

Dentro de este panorama contradictorio y polémico en el que se debate la intelectualidad de entresiglo español, surgen las dudas sobre el acierto en la elección de las culturas capaces de «fecundar a España» y «en qué medida esa inoculación

26. ROGGIANO, Alfredo. El origen francés y la valoración hispánica del modernismo, en: *Influencia extranjeras en la literatura iberoamericana*, México: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1962, p. 28.

de otros valores sería compatible con la realidad nacional»²⁷. Lo mismo podría decirse para Hispanoamérica. ¿De qué manera determinar qué valores son o no compatibles con la realidad nacional? Es que ¿habría un *estado ideal* en el que las ideas se ajustan cabalmente a la realidad? En resumidas cuentas, ¿existe esa complejidad pura, de verdadera comunión entre idea y realidad? Tal como pudimos verlo, las respuestas son negativas. Sin embargo, aún dentro de este equívoco, la confianza en la verdad de ese supuesto está en la raíz de las críticas contrarias al Modernismo. Tal como pensaba Roberto Schwarz sobre las ideas liberales: «de poco sirve insistir en su clara falsedad. Más interesante es acompañar su movimiento del que ésta, la falsedad, es parte verdadera»²⁸. Dicho de otro modo, la crítica antimodernista no puede ser sometida a los criterios de verdad o falsedad, sencillamente porque no existe el grado cero de veracidad que lo permita.

La discusión en torno al simbolismo resume quizás el orden de cosas que intentamos exponer. La poética simbolista no se ceñía solo a la estética, también acercaba una ética, según la cual el artista se separaba del mundo, convirtiéndose en un inadaptado, con el consecuente individualismo y hermetismo expresivo. Semejantes características eran inaceptables para una coalición hispanoamericana de escritores del 98 y 900 caracterizada por una matriz retórica, entendida ésta como una preferencia a un todo discursivo, en el que la preocupación por el auditorio (pueblo, nación, patria) es primordial. La opacidad del lenguaje y el desprecio por la comunicabilidad del menaje resultaban inadmisibles para la coalición. Rechazo al hermetismo, pero también a la artificialidad contraria a los postulados vitales en los que se sentían enrolados. La poética simbolista y su filosofía de apoyo, representaban, dentro de la cultural francesa, la entrada al caos frente a la negación de uno de los elementos más firmes, como lo era la racionalidad del orden²⁹. Lo que estaba en juego, en suma, eran diferentes concepciones de la realidad, esto es, el mundo, la vida, el pensamiento, el arte y no la adecuación de la idea y la realidad. Reconoce Roggiano, entonces, que la Generación del 98, «cuya misión fue encontrar de nuevo la realidad de España y afirmarse en ella, *tuvo toda la razón del mundo al rechazar a los simbolistas y decadentes afrancesados* [...] y, por ende, a lo pocos y malos «modernistas» españoles de la hora»³⁰. Conviene destacar que la diferencia en las matrices comprensivas era tan rotunda que no había punto medio posible. «*En España, realidad y vida son inseparables*, una unidad existencial. En la filosofía de la Europa moderna, una dicotomía de razón y mundo deja a la vida fuera de la realidad, y, o tiene que crearla en la ficción o sumergirla en el caos irracionalista»³¹. La validez del aserto se extiende a la coalición en general, ya que españoles e hispanoamericanos se sienten agredidos por igual en sus

27. *Idem*, p. 30.

28. SCHWARZ, Roberto. *Op. cit.*, p. 56.

29. ROGGIANO, Alfredo. *Op. cit.*, p. 32.

30. *Idem*, p. 33

31. *Ibidem*.

convicciones identitarias. La oposición a la disyuntiva vida-literatura tiene en José Martí un temprano exponente. A la postre se convierte en el rasgo más novedoso de la modernidad literaria martiana³². Tal concepción atribuía un halo de prestigio y ejemplaridad a la actividad literaria tanto como al pensamiento dentro de la literatura, no como un remedo de la ciencia positivista (aunque por momentos se produzcan algunos préstamos y deslizamientos) ni tampoco como una desvirtuación de la literatura, sino como una suplantación de un aparato crítico deficiente.

Finalmente, la crítica contra ciertas orientaciones del Modernismo merece, finalmente, estas acotaciones:

1. No se trata solamente de una crítica proveniente de sectores conservadores (como cree Roggiano), que la hubo (el caso de José de la Riva Agüero en Perú), sino de búsquedas de premisas alternativas a las que circulaban con mayor brillo y también credibilidad. Baldomero Sanín Cano le objetaba al Modernismo, en su tarea de apropiación de la cultura universal, el haberse reducido al foco francés, ignorando así otros numerosos centros culturales existentes por entonces, y dentro de la cultura francesa haber elegido a los artistas menores, mejor divulgados por la prensa³³. La indicación de estos errores, de parte del crítico colombiano, pretendía subsanar, quizás involuntariamente, el desfase entre las ideas estéticas y filosóficas incorporadas y la realidad con la que se las conectaba;

2. La crítica se fundaba en presupuestos diferentes a los que adoptaba el Modernismo; la coalición 98-900 construía sus argumentos en base a los principios de la tendencia naturalista en literatura y positivista en filosofía, es decir, pretendiendo mantener unidos la realidad vivida y la expresión espontánea de la misma. Por el contrario, el Modernismo procuraba «un sentido más ideal de la vida y del arte», al decir de Roggiano³⁴. He ahí el gran abismo entre una concepción de la modernidad y de otra.

32. Escribe Rama al respecto: «Si se coordinan diversos textos martianos, puede redondearse este concepto de científicidad, que los posteriores modernistas aceptaron sólo en lo referente a sus manifestaciones formales o técnicas, aunque no respecto al central propósito cognoscitivo que lo inspiraba al estatuir que la poesía es una forma de la verdad. Radica básicamente en el convencimiento de que la literatura es una vía epistemológica que permite el hallazgo de la verdad, tal como paralelamente a ella lo realizaba la ciencia, aunque con la ventaja sobre ésta, de su superior capacidad abarcadora y sintetizadora de lo real, lo que le estaría rehusado a la ciencia dado que ésta operaría por múltiples vías separadas y apelando a métodos analíticos para trabajar sobre sectores siempre parciales o fragmentarios de la realidad empírica». RAMA, Ángel. José Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautréamont, Rimbaud, en: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. XXXII, (México), n.1, 1983, p. 103.

33. SANÍN CANO, Baldomero. *El oficio de lector*; Caracas, Compilación, prólogo y cronología: Gustavo COBO BORDA, Caracas, Biblioteca Ayacucho, s./f.

34. ROGGIANO, *op. cit.*, p. 36.